

y Enrique VI se lo concedió, quejándose de paso amargamente de la política seguida por los emperadores bizantinos desde Manuel, y añadiendo la pretension audaz de que Isaac le pagara un tributo anual como á su superior y sucesor de los emperadores romanos; que por la misma razon le aprontara los correspondientes contingentes de tropa en otra cruzada, y finalmente que le entregara el territorio de Dirraquio hasta Salónica como á heredero de Guillermo II de Sicilia.

El emperador Isaac, ocupado en 1195 con los búlgaros, contestó evasivamente. Había hecho grandes preparativos para vencer á los búlgaros, y había combinado contra ellos una gran campaña entendiéndose al efecto con el rey de Hungría Bela, que ya le había auxiliado en 1194, y que á la sazón le prometía atacar con un considerable ejército á los búlgaros por el lado de Vidin.

Pero en estas circunstancias su propio hermano mayor Alejo, poseído de indomable ambición, se valió del descontento general del pueblo, de la aristocracia, del clero y del ejército para destronarle y ponerse en su lugar. Isaac en marzo del año 1195 salió á campaña con su ejército en dirección del valle de Maritza. Cuando estuvo acampado cerca de Cipsela, en 10 de abril, su hermano Alejo aprovechando la ausencia de Isaac en una partida de caza, se hizo proclamar emperador por el ejército con el apoyo de muchos hombres principales que le creían mas capaz que Isaac. Este al saber lo sucedido, no regresó de la caza, sino que prefirió ponerse desde luego en salvo; pero fué alcanzado en Macri (Stageiros), privado de la vista y luego encerrado como prisionero de Estado con el hijo de su primer matrimonio, llamado Alejo, que entonces solo contaba 12 años, en el palacio Diplocinio.

El usurpador Alejo III se añadió el sobrenombre de Comneno como quien reniega de su raza, por el gran descrédito en que había caído la familia Angelos; pero el sobrenombre no pudo darle las grandes cualidades de aquella raza de la antigua casa de Castamona. Era superior á su hermano Isaac en apariencias exteriores. Su figura era imponente y su porte digno y majestuoso; tenía mas inteligencia que Isaac, estaba mejor educado y era mas instruido que este; su trato era amabilísimo y tan seductor que hizo olvidar á los que le conocían sus defectos. Un contemporáneo suyo, muy buen observador, dice que era muy accesible, admitía la divergencia de opiniones y la contradicción; y que fuera del crimen cometido con su hermano que le desacreditó entre los extranjeros mas que entre los bizantinos, jamás acudió á medidas violentas ni arbitrarias, como cegamientos y otras mutilaciones. Pero en la dirección de la nave del Estado dejó mucho que desear; el remordimiento de su crimen no le dejó la fuerza moral para compensarlo con un gobierno útil y provechoso; y muy luego sus partidarios, los que le habían ayudado á sentarse en el trono vieron que este seudo Comneno no tenía mas talento de gobierno ni mas energía ni mas actividad que su predecesor y que ni como militar ni como hombre de Estado se hallaba á la altura de las circunstancias.

El pueblo contribuyente tampoco tardó en conocer que si había cambiado de emperador, no había cesado por eso el necio y ciego despilfarro de la corte, ni se había remediado la decadencia del ejército, ni puesto valla á la rapacidad de los gobernadores y empleados del fisco, ni á la creciente parálisis de la fuerza viva del imperio. La emperatriz Eufrosina Ducena, mujer bella y de mucho talento, que con la gran influencia que ejercía sobre su esposo podría haber suplido los defectos de este, inutilizó todas sus bellas cualidades y dotes con su conducta estrambótica, con sus necios caprichos y su afectación teatral. Talento y ambición para gobernar no le faltaban, y en todas las cuestiones de gobierno hizo valer su influencia, que unida á su mágica amabili-

dad vencía toda oposición; pero no tenía elevación verdadera de carácter para comprender su misión. Su egoísmo, su vanidad y su pasión por la ostentación teatral la hicieron derrochar sumas inmensas, contribuyendo así á aumentar la confusión en la hacienda. Aficionada á la equitación y la caza, éralo también á las aventuras amorosas, y llegó á olvidar su honor de emperatriz y de mujer hasta dar tanto escándalo, que su esposo indolente y flojo no pudo menos de alterarse. Sorprendiéndola un día con un amante, mató á este, y mandó encerrar á la culpable en un convento á orillas del Bósforo; pero á los seis meses la volvió á llamar á la corte.

A la desmoralización creciente de la administración y de las clases elevadas en tiempo de los emperadores de la casa de Angelos, correspondía una política extranjera cada vez mas floja; y si el terrible peligro que amenazó de parte de los emperadores alemanes de la casa de Hohenstaufen, pasó como una nube sin producir una catástrofe, no fué por méritos de Isaac Angelos. La caída del emperador Enrique VI, que tan insolentes pretensiones quiso hacer valer como ya sabemos; la muerte del gran Saladino, ocurrida en 3 de marzo de 1193; la consiguiente división de su imperio entre sus 17 hijos y un hermano suyo, y las disensiones que entre estos se manifestaron desde el año siguiente, eran circunstancias que convidaban á una nueva cruzada; y si hubiese prevalecido la opinión del emperador de Alemania, no habría sido tan inofensiva para el imperio como la de Federico Barbaroja.

Enrique VI, después de poner orden en los asuntos interiores de Alemania, pasó en otoño de 1196 á Italia, desde donde envió una embajada á Constantinopla que llegó á su destino por la fiesta de Navidad del mismo año. Los embajadores atemorizaron tanto con su rudeza al emperador Alejo, que concedió todo cuanto á nombre del emperador alemán le pidieron, menos en la cuestión del tributo anual, que el alemán fijaba en 50 quintales de oro, y que por la habilidad del representante griego fué rebajado á 16 quintales. Este tratado vergonzoso se explica sabiendo que el imperio bizantino no podía contar ya con ningún aliado en Italia ni en el Norte para el caso de una guerra con el emperador de Alemania. Los válacos y búlgaros eran enemigos de Alejo III; la república de Génova estaba en extremo debilitada entonces por disensiones interiores y una reciente guerra desgraciada con Pisa; los pisanos desde 1190 se habían declarado partidarios del emperador de Alemania, y mucho menos podía contarse con el apoyo de Venecia, donde era dux desde 1.º de enero de 1193 el hombre destinado á ser el destructor del imperio bizantino, aquel Enrique Dándolo tan infamemente tratado en la audiencia del emperador, cuando había estado en Constantinopla como embajador de Venecia. Enrique Dándolo contaba ya 84 años, pero á pesar de tan avanzada edad y de ser medio ciego, conservaba su robustez; era notable como general y almirante, y como hombre de Estado el mas grande que la república de las lagunas ha tenido en su larga historia. Su acertada política interior y exterior le había ganado el afecto y la confianza de sus conciudadanos, y la campaña marítima contra la república de Pisa en el año 1196 había concluido en una paz ventajosísima firmada en Rialto el 1.º de setiembre del mismo año á instancias del emperador de Alemania. Enrique VI, por su parte, se apresuró en 6 de junio del año siguiente á confirmar á la reina del Adriático en formas por demás lisonjeras todos los privilegios que le habían concedido sus predecesores.

De una manera muy diversa procedió Alejo III. Solo simpatizaba con la república de Pisa; y en lugar de seguir la política prudente de su hermano en Italia, cuando los

venecianos solicitaron la confirmación de los privilegios concedidos por el emperador Isaac depuesto, se manifestó poco propicio á hacerla á pesar de la gran victoria que en 1196 había alcanzado la escuadra veneciana sobre la pisana en el estrecho de San Jorge cerca de Abidos, victoria que tanto había impresionado al emperador de Alemania.

Dándolo en cambio se negó á confirmar la obligación de Venecia de auxiliar al imperio bizantino con fuerzas marítimas contra sus enemigos, ni tampoco contra el emperador de Alemania si la cruzada que este preparaba diera lugar á alguna colisión.

Libró de este último cuidado al gobierno bizantino la noticia de la muerte de Enrique VI, recibida en el otoño del año siguiente. En efecto, Enrique VI murió el 28 de setiembre de 1191 en Mesina á la temprana edad de 32 años, pocos días después de haber llegado á Acre en Palestina el grueso de su formidable ejército. Lo que mas contento produjo en Constantinopla fué que todavía no se había pagado el pesado tributo convenido, tributo que Alejo había reunido con grandísimo trabajo privando de sus joyas á los sepulcros de los emperadores y á los grandes monumentos en vista del ademan hostil del pueblo al saber que le amenazaba una nueva contribución extraordinaria para aprontar los 16 quintales de oro.

La alegría de Alejo III fué prematura. Ni él ni nadie sospechaba entonces que antes de mucho tiempo otra cruzada había de acabar con el imperio bizantino, ya reducido á la impotencia, pues que no podía arrojar de sus aguas á los innumerables corsarios de todas procedencias y á las escuadras italianas que en ellas se libraban sus batallas navales, mientras el gran almirante bizantino Miguel Strifno, casado con una hermana de la emperatriz, y el vice-almirante Juan Stirione, natural de Calabria y antes pirata temido, vendían en su provecho el material de los arsenales imperiales, y mientras otros jefes marítimos pirateaban con los buques á sus órdenes con tanto descaro que el pueblo acusaba al emperador de llevar parte en estas empresas inicuas.

En semejante estado el imperio no podía menos de hacer un tristísimo papel en Asia y en Europa; allí en frente de los seldyúcidas, y acá contra los búlgaros y válacos. La desorganización de todos los servicios públicos había llegado á un punto increíble. Fué una gran suerte para el imperio que el gran reino seldyúcido fundado en el Asia Menor se desmembrase en muchos Estados pequeños, y se dividiera entre los muchos hijos de Kalich Arslan II; pero Alejo no tuvo fuerza ni aun para hacer frente á estos pequeños príncipes ó emires. Para hacer desistir de sus depredaciones al emir Moedin ó Mohiedin de Angora (antes Ancira) que poco después de la caída de Isaac había invadido la Paflagonia, fué menester prometerle, después de año y medio de devastaciones bárbaras, en el año 1197 un tributo anual sin contar los grandes y preciosos regalos en dinero y magníficas sederías de Tebas que se le enviaron. Peor resultado tuvo la guerra que estalló en 1198 por motivos insignificantes entre Alejo y Gayasedin Caijosru I, sultan de Iconio, el cual no se contentó con asolar la cuenca del Meandro por medio de correrías, sino que estableció con buen acierto gran número de prisioneros griegos en la Filomelia con condiciones tan ventajosas, que los bizantinos del Asia Menor, arruinados por las exigencias bárbaras del fisco de los emperadores, empezaron á abandonar en grandes masas el suelo que los vio nacer para establecerse en el territorio seldyúcido, cuyo gobierno á pesar de todos sus defectos era mas llevadero que lo había sido antes y mas sobre todo que el de los Angelos.

Sin embargo, cuando en el año 1200 el citado sultan fué destronado por su hermano Roknedin emir de Tocai, el cual

reclamó del gobierno bizantino el tributo anual, Alejo fué bastante diestro para dar hospitalidad en Constantinopla á Caijosru, el sultan fugitivo, captarse su gratitud y amistad, y darle los medios, á la muerte de Roknedin, ocurrida en 1203, para volver á ocupar su trono.

Si malos enemigos eran los turcos para el imperio, peores eran los válacos y búlgaros que no le dejaban reposo y trabajaban activamente en todo cuanto podía contribuir á precipitar su descomposición y ruina completa. La gran campaña contra los búlgaros preparada en 1195 por el emperador Isaac no fué realizada por su hermano Alejo III; incuria que aprovechó el atrevido czar búlgaro Asen para invadir las provincias bizantinas próximas con un ejército de búlgaros y cumanos hasta Serras y Anffipolis, contestando con exigencias inadmisibles á todas las proposiciones de paz. No tardó en sufrir el castigo de su soberbia, porque el poderoso jefe búl-



Moneda de cobre de Yuluc-Arslan, príncipe de Diarbeker, acuñada en 1193 año en que murió el sultan Saladino (1)

garo Ivanco le mató una noche en 1196 á consecuencia de una disputa apasionada en el palacio de Tirnova. El matador al saber que marchaba contra él Pedro, hermano de Asen que había sabido el suceso hallándose en sus estados de Preslao y Provaton, se refugió entre las fuerzas bizantinas mandadas por el protostrator Manuel Camices, sobrino de Alejo III, cuyo auxilio había solicitado en vano. A consecuencia de esto tomó Pedro el gobierno en su capital Tirnova, donde sucumbió también al año víctima de un asesino. Entonces sentóse en el trono búlgaro el enemigo mas feroz que los bizantinos habían tenido desde el terrible khan Crum, á saber, el menor de los tres hermanos descendientes de Chichman, Juan llamado también Johanicha por los búlgaros, y Caloyan y Johanices por los autores bizantinos. Había vivido este desde el año 1188 en Constantinopla en calidad de rehen, y había sido nombrado por el emperador Isaac jefe del establecimiento imperial de remonta, de donde se había evadido para reunirse con los suyos y encargarse del cetro búlgaro. El nuevo czar era guerrero tan valiente como diestro, y político hábil y astuto. Supo atraerse á los bogomiles y ponerse al propio tiempo en buenas relaciones con la sede romana; pero tanto los bizantinos como los latinos experimentaron sus crueldades muy pronto. Feroz hasta lo inverosímil, no retrocedió ante ninguna crueldad, y enemigo mortal de los griegos, se impuso por misión de su vida ser el verdugo de los bizantinos y vengar en cuantos cayeran en sus manos las terribles represalias de Basilio II. Por esto se hizo gran amigo de los cumanos, siempre dispuestos á derramar sangre, se casó con la hija de uno de sus jefes y atrajo á su servicio hordas numerosas de aquellas fieras humanas. Con ellas atravesó la Tracia y la Macedonia,

(1) En el anverso se ven las plañideras que lloran la muerte del sultan. La inscripción del reverso dice en el centro: «El iman Eunasir-liddin, príncipe de los creyentes» y en la leyenda circular: «La espada de la religión el rey de Diarbeker Yuluc-Arslan, hijo de Il-Gazi, hijo de Ortok. En el año 589.» El año 589 de la Hegira es el 1193 de la era cristiana.

señalando su paso con matanzas, devastaciones, saqueos é incendios, y robando para la iglesia de su capital las reliquias de los santos que encontró en las iglesias griegas.

El elemento militar bizantino con un emperador como Alejo III no tenía valor ni fuerza para resistir á tales hombres como Caloyan y sus secuaces; y los búlgaros que tenían que pelear en las filas imperiales contra sus compatriotas eran elementos de dudosa fidelidad cuando no declaradamente peligrosos. Ivanco uno de ellos que había adoptado el nombre de Alejo y se había casado con una princesa imperial llamada Teodora, que le había llevado con su mano grandes donativos del emperador, defendió con habilidad y buen éxito desde 1197 hasta 1200 los distritos de los Balcanes contra sus compatriotas; pero en cambio abrazó la causa búlgara el príncipe Dobromiro Strez, Stresa ó Stregan, pariente próximo de Caloyan, y llamado Crises y Criso por los griegos. Dobromiro estaba encargado del mando de Strumiza en la frontera y la había defendido con mucha fidelidad; pero en 1199 con el auxilio de tropas servias se sublevó contra el gobierno bizantino en su posición inexpugnable de Prosacon, hoy Prosek, en la alta cuenca del Vardar, siendo inútiles para reducirle á la obediencia todos los ataques del emperador Alejo III. Entre tanto el czar Caloyan avanzó siempre victorioso hasta Zurulon á despecho de todos los esfuerzos en contra del general Branas, uno de los aristócratas mas poderosos del imperio que estaba casado con la princesa Ana, la viuda-doncella de los dos últimos emperadores Comnenos; y entonces Alejo no tuvo mas remedio que reconciliarse con Strez, reconociéndole por señor del territorio que tenía ocupado, bajo la soberanía del emperador, y dándole además por esposa la hija del protosebaste (capitan general de las ejércitos bizantinos) Camices, mujer de elevada categoría, sin que fuese obstáculo, tal estaba la moralidad en aquella época, que siendo casada hubiera de divorciarse primero de su esposo, mientras Strez estaba también casado á su vez con otra. Las grandes señoras bizantinas pasaban entonces como mercancía de mano en mano, como las hijas de los patricios romanos en las últimas décadas de la república y en tiempo de los Julios y Claudios.

El ejemplo de Strez excitó al príncipe Ivanco á probar también fortuna. Declaróse independiente en Filipópolis, se puso bajo la protección del czar Caloyan, apoderóse en un encuentro del general Camices y lo entregó al czar. Despues penetró en la cuenca del Nesto, se atrajo á los eslavos grecizados establecidos entre Mosinópolis, la sierra de Pangeo, Jantea y Abdera, y cometió sus acostumbradas crueldades en Rodope; pero en 1200 cayó en un lazo que el emperador, faltando á su juramento, le tendió alevosamente, y desde entonces quedó sofocada la sublevación, y reducido á la impotencia el ambicioso y no menos brutal Ivanco.

Nada consiguió sin embargo Alejo III contra Caloyan que había penetrado ya en Rodope y tomó por asalto el 24 de marzo de 1201 la plaza de Varna, heroicamente defendida por los italianos y franceses que en ella vivían y tuvieron un triste fin, porque el vencedor feroz hizo enterrar vivos á los que cayeron en sus manos.

Entre tanto había estallado una nueva guerra interior. El general Camices, prisionero del czar Caloyan, no pudiendo recabar de su tío el emperador que pagara su rescate, ó le libertara de otra manera, se dirigió á su yerno el príncipe Strez que pagó por él dos quintales de oro, y Camices pudo reunirse con él en Prosek. El emperador, que se había apoderado de los bienes de su sobrino en el distrito de Laodicea durante su prision, para hacerse con recursos, no quiso pagar á Strez los dos quintales de oro, y entonces Strez y Camices echaron mano á las armas. Sus huestes se derramaron

por la provincia de Pelagonia en la Macedonia occidental, ocuparon la ciudad de Prilep y penetraron hasta muy adentro de la Tesalia. Al propio tiempo pronuncióse contra el emperador el gobernador militar de Rodope, Espiridionaces; pero esta vez vencieron las armas y la diplomacia del gobierno de Constantinopla. El príncipe Alejo Paleólogo, casado el 23 de febrero de 1200 con Irene, hija del emperador, sofocó la sublevación en Rodope; Camices nada adelantó en la Tesalia; y Strez, sacrificando á su suegro cuando Alejo le ofreció la mano de la princesa Teodora, casada con Ivanco como sabemos, hizo las paces con el emperador y se contentó con la posesión de Teodora y de Prosek.

Caloyan también, amenazado desde 1200 directamente por los magyares, y viendo en grandes apuros á sus aliados los cumanos, á los cuales el soberano ruso Romano de Halich quería arrebatar la Moldavia, resolvió hacer la paz en el año 1201 con el emperador, el cual al fin se vió libre de tantos y tan peligrosos enemigos. Pero el imperio había quedado mal parado, porque el czar búlgaro continuó siendo dueño del país desde Belgrado hasta el curso inferior del Mariza y hasta Agatópolis á orillas del Mar Negro, y desde las Bocas del Danubio hasta el curso superior del Vardar, formando parte de sus dominios Belgrado, Branichevo, Nich, Skopie y Velbuzd con sus diócesis. A pesar de tan humillantes concesiones de parte del emperador, no fué esta paz mas que una tregua efímera, mientras todos los demás elementos de descomposición trabajaban sin cesar y roían el cuerpo gangrenado del imperio.

En semejantes circunstancias era realmente aterradora la situación del Estado bizantino; no habían pasado mas que 20 años desde la muerte de Manuel Comneno, y ya las sublevaciones de menor importancia que estallaron sobre todo en Asia y que no hemos mencionado siquiera, tenían al imperio en continuo sobresalto. A medida que la riqueza pública iba rápidamente menguando, se aumentaron los abusos, fraudes y extorsiones del gobierno y de sus funcionarios; de suerte que los autores de aquella época no saben cómo pintar los terribles efectos de semejante desgobierno hasta en provincias tan pacíficas como la Grecia, donde Atenas, antes tan próspera, estaba completamente empobrecida. A esto se agregó la inclinación cada vez mas pronunciada de los grandes aristócratas ó arcontes á hacerse mas y mas independientes del gobierno central en sus dilatadas propiedades. Muchas de estas familias como muchos miembros de la familia imperial eran dueños de inmensos latifundios como los de los nobles romanos en el último período del imperio de Occidente. Los bienes de la princesa Irene en el Epiro, de la emperatriz Eufrosina en la Tesalia meridional, los de los Branas y Cantacucenos en el Norte, de los Petralifas en Etolia, de los Melisenos en la Fócide y en la Mesenia, y los de los Jamareros en Laconia constituían pequeñas provincias.

En muchas ciudades, especialmente en las de la Grecia propiamente dicha, guerreaban entre sí las familias patricias ó de arcontes, enteramente como en Italia. Por otra parte había introducido en el país y se hacia sentir cada vez mas una especie de feudalismo imitado del Occidente, sobre todo en la isla de Creta en la época de los Angelos, que fomentaba visiblemente el particularismo y socavaba la cohesión interior del imperio. El gobierno ya no tenía fuerza para impedir que los lugartenientes imperiales en provincias distantes pretendiesen hacer hereditario su cargo, como en Trebisonda, donde á los mismos Comnenos costó mucho trabajo oponerse á esta tendencia. En tiempo de los emperadores de la familia de los Angelos, los potentados empezaron á tener en ciertas provincias su política propia que forzosamente había acabado á la larga por la formación de Estados

dentro del Estado, como el que formó despues la familia Sgueros en Nauplia en la Morea, que tantos males produjo á toda la Grecia.

Tal era el estado del imperio cuando usurpó el trono Alejo III, que su influencia no alcanzaba mas allá de donde llegaban el oro, las pequeñas intrigas y la rutina de la diplomacia secular bizantina. Atormentado Alejo por la gota y algunas veces hasta imposibilitado físicamente, no permitió sin embargo que Teodoro Lascaris, general de la guardia imperial, casado el 23 de febrero de 1200 con la hija del emperador, la princesa Ana, y el mas capaz de sus yernos, empleara sus excelentes dotes en beneficio del imperio.

Las relaciones con los países del Occidente iban tomando también mal aspecto. El czar búlgaro Asen se había captado la amistad de los de Ragusa concediéndoles libre tráfico en su territorio; lo que no dejaba de ser una contrariedad para el emperador, el que en cambio procuró ponerse en buenas relaciones con la dinastía servia de los nemanidas. Cuando se firmó la paz entre el emperador Isaac y los serbios, el emperador había dado al rey Estéban I, viudo de una primera esposa, la mano de la hija de Alejo, la bella y voluptuosa Eudoxia; pero cuando Estéban renunció al mundo y se hizo monje en el Monte Atos en 1195, su hijo y sucesor Estéban II se enamoró de su joven y bella madrastra y se casó con ella. Pasados algunos años, Estéban II acusó á su esposa de inclinaciones criminales y la repudió tan brutalmente, que la infeliz Eudoxia no habría podido regresar á su país por falta de recursos si el duque Volcan de Chulm, su cuñado, no le hubiese facilitado los medios de pasar por Dirraquio á Constantinopla.

Poco despues al finar el siglo, el rey Emerico, que reinó desde 1195 hasta 1204, y fué hijo y sucesor del rey Bela III, restableció la antigua soberanía húngara sobre el pueblo servio expulsando al rey Estéban II y poniendo en su lugar al hermano de este, el duque Volcan, en calidad de vasallo suyo; de suerte que el emperador Alejo III quedó dispensado de vengar el ultraje que le había hecho Estéban II. Por lo demás políticamente no sacó otra ventaja con el cambio sino la que resultaba de que el rey búlgaro, el sanguinario Caloyan, se hallaba con un vecino muy peligroso; y si Emerico conservó relaciones amistosas con la corte de Constantinopla, no fué por simpatías que le inspirara Alejo III, sino por consideración á su propia hermana Margarita, esposa del ciego Isaac, que se había desarrollado y llegado á ser una de las mujeres mas bellas y encantadoras de su época.

La decadencia del poder de los Hohenstaufen, despues de la muerte de Enrique VI, colmó los mas vivos deseos de Alejo, el cual, contra las pretensiones eventuales de su sobrina Irene, esposa del rey Felipe, creyó por largo tiempo que podría oponer las de su sobrino Alejo, hijo de Isaac, nombrándole á última hora sucesor suyo. Pero pronto observó aterrorado que enfrente de la creciente caducidad del imperio bizantino se levantaba la pujanza juvenil de nuevos pueblos germánicos y latinos que con lozanía impetuosa é inagotable vomitaban continuamente nuevas masas de robustos campeones en los campos de batalla, y que sobre todo empezaban á producir hombres de Estado. La Italia entonces tenía dos que podían competir victoriosamente con los genios diplomáticos mas consumados del senil imperio. Eran el anciano Enrique Dándolo, que para constante zozobra de la corte de Constantinopla parecia empeñarse en no querer morir nunca, y el conde de Segni, que despues de llegar á cardenal había ceñido la tiara pontificia en 8 de enero de 1198 y adoptado el nombre de Inocencio III. Este genio penetrante y atrevido dió luego muestras de su propósito de hacer renacer el antiguo po-

der universal del imperio romano bajo la forma teocrática.

Alejo III, á quien no se ocultaba lo que en tales circunstancias significaba para el imperio bizantino una nueva y numerosa cruzada, observó con indecible zozobra que el nuevo pontífice puso desde luego en movimiento todos los recursos poderosos de que disponía la iglesia romana, para entusiasmar á todo el Occidente y promover una nueva expedición gigantesca á los países de Levante. También invitó al emperador Alejo III á preparar un ejército contra los infieles y á enviar representantes á un concilio que se reuniera para restablecer la unión entre las dos iglesias; pero Alejo eludió todo compromiso directo, lo cual no impidió que desde fines del año 1199 tuviera el papa un embajador permanente en la corte de Constantinopla.

Entre tanto la sede romana, con gran disgusto del emperador, cultivaba relaciones muy íntimas y con mas habilidad y energía que en el siglo IX, con el czar búlgaro que por su parte las facilitó tanto mas cuanto que él mismo las había iniciado para legitimar de esta manera su soberanía y dignidad usurpadas, y hacer su corona independiente del odiado poder bizantino. Sabida esta disposición por el papa, y no permitiendo la vigilancia de las autoridades imperiales que los embajadores del feroz Caloyan pasasen á Italia, envió á la corte de Tirnova en 1199 al presbítero Domenico de Brindisi con una carta al czar en la cual le invitaba á demostrar con hechos su sumisión á la Santa Sede, es decir á auxiliar á la sede romana contra el imperio cismático. Entonces al obispo Blas de Branichevo, enviado del czar, consiguió pasar á Roma con cartas de Caloyan y del arzobispo Basilio de Tirnova. En ellas el czar solicitaba del papa que le reconociera por rey de Bulgaria y le enviara una corona real, y el arzobispo aseguraba al Sumo Pontífice que su deseo mas ardiente era separarse de la Iglesia cismática griega y someter la Iglesia búlgara á la autoridad del papa, suplicando también que Su Santidad se dignara enviar á la corte búlgara un cardenal para coronar al czar, y realizar la unión de la Iglesia búlgara con la romana. A esta doble solicitud contestó Inocencio III enviando el presbítero Juan de Casemario á Tirnova para estudiar el asunto sobre el terreno. El enviado pontificio llegó á su destino despues de muchas dificultades en el año 1202; entregó en 8 de setiembre al arzobispo Basilio el palio, y consagró en nombre del papa á los dos metropolitanos de Velbuzd y de Preslao, aunque eran subordinados del arzobispo Basilio. El czar entregó al enviado del papa una declaración escrita en la cual ponía para siempre la Iglesia búlgara bajo la autoridad de la Santa Sede, suplicando sin embargo que se concediera á la iglesia de Tirnova el derecho de elegir ella misma su patriarca que había de ser confirmado en su dignidad por el papa. Además solicitó que este último hiciera de mediador entre él y el rey de Hungría, y finalmente volvió á rogar que le enviara un cardenal con una corona, un cetro y el reconocimiento solemne de su dignidad real para coronarle rey de Bulgaria. No se hizo de rogar mas Inocencio III y en la primavera del año siguiente 1203 envió al cardenal Leon de Santa Croce para cumplir con los deseos del czar y confirmar como primado de Bulgaria al arzobispo Basilio, el cual recibió el encargo de coronar al czar, así como sus sucesores debían coronar en adelante á los sucesivos reyes del país.

El legado del papa, al pasar por Hungría fué detenido cerca del castillo de Cubin en las inmediaciones de Panchevo á orillas del Danubio por enviados del rey Emerico, que no le puso en libertad sino despues de largas negociaciones con Roma. Llegado que hubo el cardenal á Tirnova, consagró en 7 de noviembre de 1203 como primado de Bulgaria al arzobispo Basilio; nueva dignidad para los búlgaros equi-